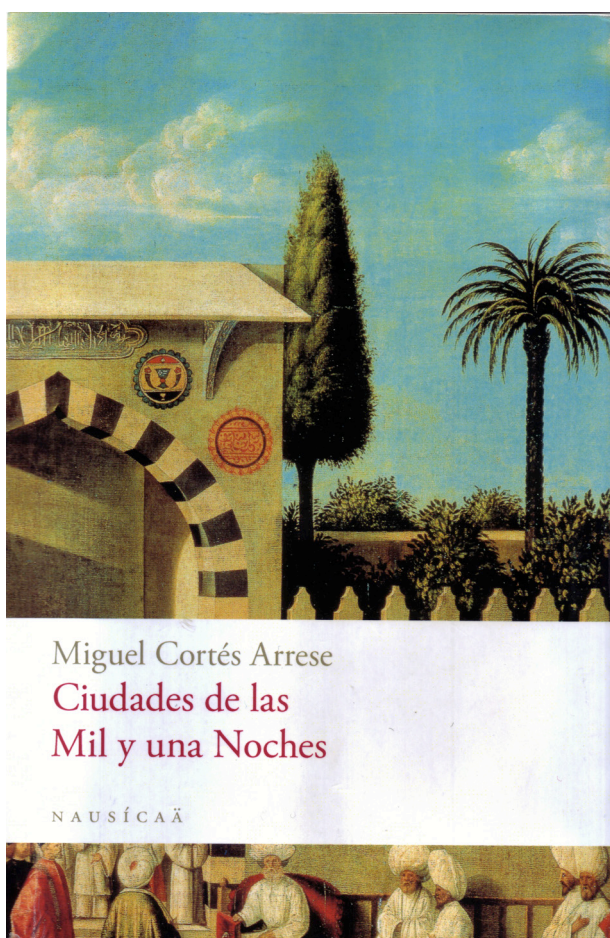


Cortés Arrese, Miguel. *Ciudades de las Mil y una Noches*. España: Nausícaä, 2019, 283 págs., 30 ils. b/n. ISBN: 978-84-948772-5-4.



En el imaginario colectivo aquella recolección de cuentos antiguos reunidos bajo el título de “*Las Mil y una Noches*” ha creado una extensamente compartida fabulación para ciudades tan lejanas y culturalmente diferentes respecto a nuestros cánones culturales, contribuyendo a la creación de nuevos relatos, más o menos verídicos, en que descripciones de atmósferas atenuadas y perfumadas se juntan a narraciones de primera mano de reales viajeros.

El título de este volumen, “*Ciudades de las Mil y una Noches*”, remite a este trasfondo cultural y su contenido puede asumirse como coronación del recorrido académico del autor que empezó con la investigación de la influencia del arte bizantino en territorio español. Desde esta dedicación sus estudios se inclinaron siempre más hacia el este, de los territorios bizantinos a regiones aún más asiáticas, y con esta publicación Miguel Cortés Arrese, a través de miles de citas de viajeros de todos los tiempos a tierras orientales, consigue recrear con estilo muy discursivo, pero constantemente sufragado por el respaldo de las fuentes primarias, las imágenes de diferentes ciudades a lo largo de muchos siglos y según miradas diferentes.

El texto se estructura en tres partes, como si se tratara de un verdadero viaje. En la primera se analizan las causas que llevaron a dejar las tierras nativas para emprender rutas orientales; la segunda versa del trayecto en sí o, mejor

dicho, de las múltiples maneras de desplazarse entre las épocas; finalmente, la última parte se compone de toda una serie de relatos sobre las metas, que el autor reconoce principalmente en aquellas ciudades que constelan la celeberrima “*ruta dorada*” de Samarcanda.

Por lo que al primer capítulo respecta, el escritor hace hincapié en las diferentes razones que llevaron a “*partir a tierras remotas*”. Motivos religiosos guiaron al aragonés Pedro Cubero Sebastián a recorrer como predicador apostólico las Indias Orientales a finales del siglo XVII. En cambio, fueron razones diplomáticas las que condujeron Adolfo Rivadeneyra, vicecónsul en Teherán, de Madrid a Damasco pasando por la isla de Ceilán. El relato de su itinerario nos deja una impresión de primera mano de los vestigios arquitectónicos de la ciudad de Persépolis en 1875, algo que debió parecerle tan suntuoso como para elevar su espíritu ya agotado por el largo viaje. Alentada por la mera fascinación de las ruinas persas y por el renombre adquirido a lo largo de la historia por Persépolis, Annemarie Schwarzenbach, en 1934, se subió a un coche en Teherán, recorriendo las supuestas huellas de las tropas de Alejandro Magno rumbo al norte. Sus nostálgicos recuerdos nos brindan pinceladas literarias de noches evocadoras, “*cuando la luna se extendía sobre la llanura*”. Sin embargo, no eran sólo las atmósferas típicas del orientalismo las que le empujaron a viajar, sino los relatos de Marco Polo que provocaron en ella una atracción irresistible. Igualmente sería el caso del portugués Fernao Mendes Pinto, marinero comerciante e incluso pirata, que fue el primer europeo en dejar una narración escrita de Japón de siglo XVII, además de sus peregrinaciones entre China, India y Malasia.

El segundo capítulo, quizá el más detallado del libro, siempre recogiendo las informaciones de los relatos de viaje, analiza las diferentes formas de desplazarse, diseñando los itinerarios, que podían ser fijados de antemano o cambiar

sobre la marcha. Es este el caso del arquitecto-arqueólogo Pascal Coste que, acompañando al pintor Eugène Flandin, decidió demorarse en tierra persa para inventariar, dibujar, registrar e investigar monumentos antiguos y modernos. En cuanto a los planes establecidos de antemano, en la mayoría de los casos se trataba de rutas en barco, cuyas escalas estaban claramente programadas. Sin embargo, en la época de las peregrinaciones religiosas, que vieron su punto álgido en la Edad Media, normalmente no se preveían desplazamientos a través de los mares, sino era más frecuente poner a dura prueba las piernas o, entre otros métodos, irse a lomos de caballo, opción que dilataba los tiempos y aumentaba los peligros, provocando abandonos e, incluso, la muerte de numerosos romeros. Un panorama muy lejano respecto a los medios de transporte más modernos como el coche o el cautivador *Orient Express*, desde cuyas ventanillas podía llegar a percibirse las cúpulas y las agujas de Santa Sofía.

Exactamente con Costantinopla, Puerta de Oriente, empieza el último capítulo de Arrese, en que se dilata con las descripciones de las más famosas ciudades de la “*ruta dorada*”. Trebisonda, eslabón entre Europa y Persia, salpicada de iglesias y monasterios; Tabriz que, según los testimonios del escritor Nicolas Bouvier y del pintor Thierry Vernet, no era ni turca, ni rusa, ni persa, sino centroasiática; Samarcanda, de la que Ruy González de Clavijo, embajador del rey Enrique III, nos otorga una larga y pormenorizada narración cuyas palabras destilan la grandiosidad arquitectónica de la urbe, el lujo que se desplegaba por doquier y algunas extravagancias como los “*marfiles entrenados para la guerra*”.

En definitiva, cabe decir que con este libro Cortés Arrese ha llevado a cabo una admirable obra que podemos calificar a medio camino entre la literatura de viaje y un trabajo académico, como si cada testimonio a lo largo de los siglos

constituyera una pincelada del retrato que se quiere restituir de cada ciudad tratada. Además, para asistir al lector, a lo largo del texto aparecen treinta láminas que hacen referencia a las varias ciudades, incluyendo magníficos dibujos de la Persia decimonónica de Eugène Flandin. Este bien cimentado estudio, a nivel historiográfico, se desarrolla con un estilo narrativo ágil, que consigue catapultarnos atrás en el tiempo, con oportunas notas románticas que agradece el lector.

No queremos terminar la valoración de esta edición, sin señalar la dedicatoria del libro “A la memoria de Gonzalo M. Borrás Gualis”. Conoce-

mos la amistad del autor con el insigne maestro, reconocido por toda la comunidad científica. Su pérdida en febrero de 2019 ha supuesto un hueco para todos aquellos investigadores dedicados al arte aragonés, a la historia cultural mudéjar y a los comprometidos con el patrimonio histórico. Su ejemplo significó el faro por el que guiarnos muchos de nosotros, su compromiso y ética el modelo a imitar. Nos unimos, por tanto, a este homenaje al profesor Borrás. Siempre estará presente en nuestra memoria.

Gaia Burlon
Departamento de Historia del Arte
Universidad de Granada, España